

Poder, pobreza y sociedad en la antigüedad tardía

*José Fernández Ubiña **

1. Clasicismo y barbarie. Perspectivas historiográficas

Aunque la historiografía moderna ha mostrado una singular predisposición a meditar nostálgicamente sobre la decadencia del Imperio Romano, quienes vivieron aquellos años decisivos tuvieron una percepción confusa y contradictoria de los desastres políticos y militares que estaban presenciando. La evidencia de que el Imperio se estaba desmembrando en Occidente fue mejor advertida por los historiadores de Bizancio que por sus colegas latinos. Como es bien sabido, en esta parte del Imperio nunca se afirmó nítidamente el fin de Roma y sus clases dominantes, a las que pertenecían los que escribían historias, prefirieron ver en los reinos romano—germánicos una continuidad institucional sin grandes rupturas traumáticas: el mito de la *Roma aeterna* no fue por tanto cuestionado y en este sentido es correcto hablar de una "caduta senza rumore" del Imperio¹. Por otra parte, las crónicas del Medievo tardío y los historiadores del Antiguo Régimen contemplaron el fin de Roma como un momento decisivo en la fundación de los Reinos y los Estados modernos, y por tanto hacían una interpretación positiva del mismo. A francos, ostrogodos o germanos se atribuía la primera conformación de las nacionalidades europeas, pues ellos fueron los artífices de su unidad legislativa, política y religiosa. Las grandes familias nobiliarias de Italia o España gustaban indagar las raíces de sus linajes en los capitanes que vencieron a Roma y en los mártires que extendie-

* Catedrático de Historia Antigua, Universidad de Granada, España.

1 MOMIGLIANO, A.: "La caduta senza rumore di un impero nel 476 D.C.", en *Rivista Storica Italiana*, 85 (1973), pp. 5-21. En contra, MARKUS, R.A.: "The End of the Roman Empire: A Note on Eugippius, *Vita Sancti Severini*, 20", en *Nottingham Medieval Studies*, 26 (1982), 1-7

ron con su sangre el triunfo del Cristianismo. Todavía a mediados del siglo XVII, los embajadores europeos reunidos en Münster —entre ellos, nuestro Diego Saavedra Fajardo— apelan a sus orígenes godos para reclamar la preeminencia en el protocolo y afirmar sus derechos territoriales sobre el continente: el llamado Goticismo o Neogoticismo se convirtió así en el factor vertebrador de la historiografía feudal y su vigencia aún puede rastrearse en los últimos debates históricos sobre el origen o la naturaleza de las naciones, como es el caso célebre del sostenido entre Castro y Sánchez—Albornoz sobre la esencia de "lo español"².

La historiografía clásica de inspiración burguesa ha abordado este tema desde una perspectiva muy diferente. Humanistas e ilustrados descubrieron en la civilización grecorromana la imagen especular de sus propios valores cívicos y culparon de su destrucción a la ciega irracionalidad de bárbaros y cristianos, los héroes precisamente de las crónicas medievales. En este convencimiento escribió Edward Gibbon su célebre *The Decline and Fall of the Roman Empire* (1776-1787)³, cuyo propósito —expuesto sustancialmente en los capítulos 15 y 16— era narrar el fin del mundo antiguo ante los embates de la barbarie y de la religión cristiana, desde el esplendor de la dinastía de los Antoninos hasta la caída de Constantinopla en poder de los turcos el año 1453. Así pues, lo que nosotros denominamos Antigüedad Tardía (siglos IV-VII) no era, a su juicio, sino el largo comienzo de un período de decadencia multiseccular (casi 1300 años), que se inició el 180 d.C. con la muerte de Marco Aurelio y la entronización de Cómodo. El Imperio sobrevivió tan dilatado tiempo corroído por el despotismo de los césares, la marginación del Senado y la degeneración del ejército, pero Gibbon apenas se interesó por ningún aspecto de lo que hoy entendemos como historia social: el desarrollo provincial, las formas de trabajo y producción, la difusión de las relaciones de dependencia... Todas estas cuestiones, que son las que realmente pueden iluminar la Antigüedad Tardía, le pasaron inadvertidas o, peor aún, las percibió como testimonio de la decadencia interna del viejo y virtuoso orden romano.

En tiempos de Gibbon se mantenía aún viva la polémica desatada siglos antes por Johannes Löwenklau (1576), cuando reivindicó la veracidad histórica de la tradición pagana sobre Constantino, transmitida principalmente por Zósimo, que lo presentaba como un emperador incapaz, hipócrita y cruel, un opresor fiscal y un asesino que sólo encontró paz en la conversión interesada a una fe cristiana dispuesta a perdonar los crímenes más horrendos, como el asesinato de su hijo Crispo y de su esposa Fausta. Gibbon otorga, sin embargo, un margen de sinceridad a la conversión de Constantino, teniendo en cuenta la cargada atmósfera espiritual de su tiempo, aunque no deja de subrayar los beneficios políticos de la misma, superando así tanto los prejuicios anticristianos de los filósofos ilustrados como los apriorismos teológicos de la hagiografía eclesiástica⁴. De este modo se sentaban las bases para una comprensión razonablemente objetiva del triunfo del Cristianismo, tarea que

2 Para una visión más detallada de estas cuestiones historiográficas, cf. FERNÁNDEZ UBIÑA, J.: "Clasicismo y fin del Mundo Antiguo en la historiografía española moderna y contemporánea", en HIDALGO, M^a J., PÉREZ, D. Y GERVÁS, M.J.R (eds) «Romanización» y «Reconquista» en la Península Ibérica. Nuevas perspectivas, Salamanca 1998, 191-213.

3 GIBBON, E.: *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, Madrid, 1984.

4 GIBBON, E.: *Autobiografía*, Buenos Aires, 1949, pp. 73, 124; *Historia*, cap. 20, p. 364, cap. 37, p. 308. Por referencias aisladas de otras fuentes (por ej. *Caesares* 38,336 AB y Sozomenos, *HE* I.5), sabemos que estas acusaciones contra Constantino se retrotraen al mismo siglo IV, pero Zósimo les

pronto culminaría J. Burckhardt con su célebre indagación sobre la época constantiniana. Superando los esquemas empiristas de la *Altertumswissenschaft*, que aún prevalecían en el romanticismo final del XIX, el historiador de Basilea comprendió que la conversión de Constantino no era tanto un drama personal cuanto la manifestación más significativa de la pervivencia de la espiritualidad pagana en el Cristianismo. Por eso, él no singulariza esta época por la obra del emperador, sino por la evolución cultural (*Kulturgeschichte*) del siglo III. Aunque influenciado por Gibbon, el planteamiento burckhardtiano es en cierto modo antagónico al de todos los ilustrados, pues niega rotundamente que el clasicismo muriese ante el avance arrollador del cristianismo. Muy al contrario, su interés primordial es describir el proceso exquisitamente histórico de la continuidad: "no sólo la disolución del paganismo favorece, de un modo general, al cristianismo, sino que muchos de los síntomas de esa disolución contienen como un prenuncio del cristianismo, se acercan a él. En primer lugar, la mezcla de dioses era muy apropiada para preparar el terreno a una nueva religión. Desnacionalizaba lo divino y lo hacía universal... Además, el contenido esencial de las ideas paganas tardías era bastante análogo al cristianismo"⁵. No era una idea aislada y brillante del entonces jovencísimo Burckhardt. Su tesis emana en realidad de una concepción histórica revolucionaria (en relación con la pobreza teórica del historicismo optimista que lo circundaba y que tan injustamente marginó su obra⁶), al comprender que la época imperial no interesa por la grandeza de sus personajes sino por la trascendencia de las transformaciones culturales y más concretamente por el proceso que abocó en la hegemonía social y espiritual del Cristianismo, que para él era también el acta de nacimiento de la vieja Europa. Lo que se verificó entonces no fue un enfrentamiento violento, sino la "demonización del paganismo", un declive natural y general de la cultura clásica —e incluso de la sociedad, con la perceptible degeneración racial de sus élites—, que apenas logrará sobrevivir bajo la bandera extraña del Cristianismo triunfante: "Toda la historia de esta época es un testimonio elocuente del envejecimiento y decadencia de la vida romana, en lo que no incumbe culpa alguna al cristianismo...". En sus *Consideraciones sobre la Historia Universal*, donde lleva a sus últimas consecuencias su tesis sobre la confluencia cultural del cristianismo y del paganismo tardorromano, Burckhardt destaca nuevamente la importancia del concepto de metamorfosis y afirma que en rigor sólo ha habido una a lo largo de la historia: la transformación del Imperio romano occidental en la Iglesia católica⁷.

dio un sesgo político novedoso al utilizarlas como argumentos de su condena "constitucional" del sistema monárquico: CRACCO RUGGINI, L.: "The Ecclesiastical Histories and the pagan Historiography: Providence and Miracles", en *Athenaeum*, 55 (1977), pp. 107-26, esp. 119. Cf. además MAZZARINO S.: *El fin del mundo antiguo*. México, 1961, pp. 93 ss. PASCHOUD, F.: "Zosime 2,29 et la version païenne de la conversion de Constantin", en *Historia*, 20 (1971), pp. 334-53; ZUCHELLI, G.: "La propaganda anticostantiniana e la falsificazione storica in Zosimo", en *I canali della propaganda nel mondo antico*. Milán, 1976, pp. 229-51.

5 BURCKHARDT, J.: *Del paganismo al cristianismo. La época de Constantino el Grande*. México, 1982, pp. 238-239.

6 MAZZARINO, S.: "Burckhardt politologo. 'L'età di Costantino' e la moderna ideazione storiografica", en *Antico, tardoantico ed èra costantiniana*. Roma 1974, pp. 32-50.

7 BURCKHARDT, J.: *Del paganismo al cristianismo*, pp. 242 ss. Aunque hay traducción castellana, sólo he podido consultar la versión catalana de su *Weltgeschichtliche Betrachtungen (Consideracions sobre la història universal*. Barcelona, 1983). Una vez más debo expresar aquí mi agradecimiento al profesor G. Nussbaum (Universidad de Keele) por darme a conocer esta última referencia.

Aunque éstas son las aportaciones teóricas más valiosas de Burckhardt, había en su obra una observación sobre la degradación racial de las élites que tendría un extraordinario desarrollo y una desafortunada aplicación sociológica por los movimientos racistas de la modernidad⁸. La evolución biológica de los pueblos y de las culturas era en efecto una concepción histórica con ilustres antecedentes clásicos y cristianos, como Séneca o Cipriano, que habían encontrado en ella una fácil explicación para los problemas de su propio tiempo, y el romanticismo decimonónico había recuperado esta idea desde su perspectiva más gratificante: el encanto de unos pueblos jóvenes, salvajes y aún no corrompidos por la civilización, que vienen a renovar y revitalizar Roma en los años de su senectud. Pero la visión de la vejez como decadencia (o viceversa) se adornó con tonos cientifistas tras las indagaciones de Darwin sobre la evolución de las especies, publicadas en estas fechas⁹, cuyas leyes se hicieron extensivas, de manera entusiasta y mimética, a todos los aspectos de la vida social y del desarrollo histórico. La historiografía de la época emplea con profusión los novísimos conceptos de raza, herencia, rasgos físicos, degeneración, factores climáticos, crecimiento demográfico, superpoblación, etc. y un postulado nada inocente comienza a tener carta de ciudadanía: el orden social es un orden natural. Llegado a este punto, el llamado darwinismo sociológico no era, pues, sino una burda justificación de las desigualdades impuestas por un capitalismo rampante.

En este ambiente escribe Otto Seeck su célebre *Geschichte des Untergangs der antiken Welt* (Stuttgart 1894 ss.), una obra meritoria en cuanto descubre por primera vez el Bajo Imperio a la historiografía positivista y el papel fundamental desempeñado por los pueblos germanos, pero que, a la postre, no es sino la aplicación de aquellos criterios racistas a la historia del Imperio romano¹⁰. A diferencia de Burckhardt, que explicaba la degeneración social y cultural del Imperio como un proceso espiritual, Seeck formula una tesis más radical y científicista, en consonancia con los ideales nacionalistas que entonces dominaban en la historiografía alemana: la decadencia de Roma fue debida a la eliminación de los mejores (*Ausrottung der Besten*), un planteamiento anómalo de los principios darwinistas pues deduce una evolución en sentido inverso, en beneficio de los peores, durante el Bajo Imperio. Bajo Constantino y sus sucesores, a los que consagra la mayor parte de su obra, Roma conocería sus momentos de mayor decrepitud en todas las esferas de la vida pública y privada: las instituciones del imperio recayeron en manos despóticas de ineptos, corruptos y cobardes; el ejército hubo de recurrir a levadas obligatorias y al alistamiento de marginados sociales, provinciales y bárbaros; la religiosidad perdió su autenticidad original en provecho de los cultos orientales; la sociedad igualó por abajo a la aristocracia tradicional y a los espíritus más sublimes con los antiguos esclavos, libertos, provinciales y extranjeros, que fueron convertidos en ciudadanos por Caracalla como reconocimiento legal de la natura-

8 BURCKHARDT, J.: *Del paganismo al cristianismo*, p. 246.

9 DARWIN, CH.: *On the origins of species by means of natural selection*, Londres, 1859. Cf. MARROU, H.-I.: *¿Decadencia romana o antigüedad tardía? Siglos III-VI*, Madrid, 1980, pp. 12 ss.

10 Para una valoración encomiástica, pero poco convincente, de esta obra cf. MAZZA, M.: *Lotte sociali e restaurazione autoritaria nel III secolo D.C.* Roma-Bari, 1973, pp. 57 ss.

leza plurinacional, no romana, del Imperio; la economía, simbolizada en el sistema de patronato, se sustentó en el parasitismo y el servilismo social, y éstos eran también los rasgos de la producción literaria y artística. Consciente de esta situación calamitosa, Marco Aurelio intenta fortalecer las legiones y mejorar la agricultura alistando a los bárbaros y asentándolos como colonos. Aunque ya era demasiado tarde, fue esta savia vigorosa la que evitó el colapso definitivo, frenó durante el siglo III los impulsos decadentes y dio a Roma sus postreros momentos de gloria. No fueron pues las *gentes externae* los responsables de su ocaso final. Nunca habrían podido doblegarla si ya no estuviera moribunda por sus propios males. Pero estos pueblos jóvenes, dirigidos por la excelencia de una realeza electiva que recaía en los más capaces de la nobleza y del *Volk* (al contrario de lo que acaecía en Roma), asimilaron con rapidez los aspectos más avanzados de la cultura clásica, desarrollaron sus potencialidades productivas, crecieron demográficamente y pronto se percataron de que su área de expansión natural eran los territorios despoblados del viejo y racialmente degenerado Imperio.

En la misma medida que el imperialismo prusiano y el darwinismo sociológico animan la indagación de Seek, la revolución bolchevique y el materialismo histórico constituyen el contrapunto contemporáneo de las tesis de Rostovtzeff sobre el declive de Roma a lo largo del siglo III, cuando las masas campesinas e incultas, en complicidad con los brutales emperadores soldados, aniquilaron a la "burguesía urbana" y, con ella, a la cultura clásica. Aunque él idealizó las clases medias de las ciudades romanas (asimilándolas a la burguesía moderna) y apenas trata aspectos tan fundamentales como la relación de esta clase con los medios de producción y con los aparatos de Estado, fue muy consciente de que su bienestar derivaba de la explotación de los sectores sociales más humildes, particularmente del proletariado urbano y del pequeño campesinado. De hecho, la crisis estalló por la negativa "burguesa" a ampliar su base social, permitiendo que los elementos más activos de las restantes clases pudieran gozar también de sus privilegios. La sociedad se polarizó así en dos grupos irreconciliables, burguesía urbana y masas explotadas. Aliadas éstas con los emperadores—soldados, cuyos ejércitos nutrían¹¹, el siglo III es el momento de las luchas de clases más grandiosas de la Antigüedad. Pero su resultado no fue, como nunca lo ha sido, la mejora de las condiciones de vida de los insurgentes, sino la generalización de sus miserias económicas y culturales a toda la sociedad. Lo que sigue a este siglo, la llamada Antigüedad Tardía, es sólo ignorancia, despotismo oriental, burocracia y barbarización.

A pesar de sus prejuicios morales y clasistas, su recuperación de la problemática social como dinamizadora del Bajo Imperio convierten la obra de Rostovtzeff en una referencia imprescindible para el estudio de ese período histórico, y otro tanto cabe decir sobre las investigaciones pioneras y lúcidas de Burckhardt sobre la evolución cultural. No han corrido igual suerte las interpretaciones ilustradas y románticas de los siglos XVIII y XIX, pues los presupuestos elitistas y nacionalistas en que se sustentaban les impidieron ver los cambios materiales y espirituales que más interesan al historiador de hoy, y que seguidamente trataré de ilustrar con el

11 ROSTOVITZ, M.: *Historia económica y social del imperio romano*. Madrid, 1962, esp. vol. II, pp. 327 ss. En la primera edición inglesa de su obra (1926), Rostovtzeff hablaba abiertamente de las legiones romanas como si fuesen "el ejército rojo de campesinos", juicio que eliminó en ediciones posteriores. Cf. MOMIGLIANO, A.: *Studies in Historiography*. Londres, 1966, pp. 91-104.

estudio de tres aspectos fundamentales de la sociedad tardorromana: los cambios en el sistema productivo, la renovación de los poderes ciudadanos y el protagonismo eclesiástico.

2.- Estructura social y modos de producción

La Antigüedad Tardía se ha definido a menudo, especialmente por los historiadores de inspiración marxista, como la época en que el feudalismo substituyó al régimen esclavista que había vertebrado las relaciones sociales del mundo grecorromano. Se trata de una afirmación probablemente válida como principio teórico, pero no siempre revalidada por los análisis concretos, como cabría esperar de la extraordinaria extensión y diversificación social del Imperio: incluso en zonas más reducidas, como la Península Ibérica, sabemos ahora que el feudalismo se conformó siguiendo vías y ritmos cronológicos diversos, según la mayor o menor incidencia de las estructuras indígenas, germanas e hispanorromanos¹².

La agricultura era indudablemente la base económica del Imperio, constituyendo más del 80% de la producción global, pero ignoramos si la mano de obra esclava era predominante y en qué proporción. La dispersión de las referencias literarias, la difícil interpretación de los testimonios arqueológicos, la caída brusca del número de epígrafes a partir del siglo III y el escaso interés (y hasta posibilidad material) por hacer constar la condición servil en los epitafios, la escasez en suma y poca sistematización de las fuentes nos impiden formular juicios contundentes sobre el número de esclavos en el Bajo Imperio o sobre sus ocupaciones y rentabilidad. Aunque hay múltiples referencias a su presencia en servicios domésticos, también abundan sobre su trabajo en tareas agrícolas y es en todo caso impensable que los centenares y hasta millares de esclavos propiedad de magnates y familias senatoriales no fueran empleados, al menos en su mayor parte, en actividades productivas, sobre todo en los latifundios. Recordemos, a manera de ejemplo, que Juan Crisóstomo (*Hom. in Mt.* 63.4) alude a los poderosos señores de Antioquía dueños de extensos latifundios, numerosas mansiones y mil o dos mil esclavos, mientras que Melania la Joven poseía 400 esclavos agrarios en (¿cada una de sus?) 60 villae (Gerontius, *Vita S. Melaniae*, 10 y 20) y manumitió a otros 8000 en Roma o sus proximidades (Palladio, *Hist. Laus.* 61.5). Aunque estas cifras sean exageradas o retóricas, la esclavitud agraria debió estar muy extendida en todo el Imperio, a tenor de los múltiples datos dispersos en la literatura y en las leyes de la época. En realidad, lo sorprendente es la naturalidad con que se admite que hasta la gente más humilde posea varios esclavos: si realmente aquellos fueron siglos de miseria generalizada, como veremos luego, deberíamos suponer que esos esclavos serían de alguna utilidad material a sus empobrecidos dueños¹³. Sin embargo, con tan pocas referencias sería insensato afirmar la existencia de un modo esclavista de producción o su desaparición en beneficio de otras relaciones sociales. Tras analizar muy concienzudamente todas las fuentes disponibles, G. de Ste Croix asegura que todavía en estas fechas "la clase de los propie-

12 BARBERO, A. Y VIGIL, M.: *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*. Barcelona, 1978, esp. pp. 155 ss.

13 FERNÁNDEZ UBIÑA, J.: "Marx, MacMullen, Ste Croix. Esclavos y campesinos del Bajo Imperio", en *Homenaje al profesor Presedo*. Sevilla, 1994, pp. 403-22.

tarios extrae la mayor parte de su *excedente* de la población trabajadora mediante *el trabajo no libre*", es decir, esclavos, colonos, siervos, etc. (las itálicas son de Ste Croix). Y se apresura a precisar que, en su opinión, "la producción conjunta de campesinos y artesanos libres debió de superar a la de los productores agrícolas e industriales no libres en casi todas partes y durante todas las épocas..."¹⁴.

Vista en su conjunto, la esclavitud parece conocer un breve periodo de esplendor en los siglos II—I a.C., sufriendo una continua "decadencia" durante todo el Principado, época en que numerosas fuentes atestiguan la progresiva conversión de los esclavos en colonos. Una lógica consecuencia de ello sería la creciente dificultad en diferenciar ambos status sociales, máxime cuando incluso algunos textos jurídicos contienen expresiones ambivalentes del tipo "*servus qui quasi colonus in agro erat*" (Dig. 33.7.12,3) o estipulan que a determinados ingenui "*servi terrae ipsius cui nati sunt aestimentur*" (CJ, 11.52.1.1)¹⁵. El factor desencadenante del proceso, como ya apreció Weber, pudo ser la notable disminución de esclavos y el consiguiente declive de la economía mercantil, en beneficio de la producción autárquica local, desde fines del siglo II d.C. El hecho de que los esclavos no fuesen ya simple botín de guerra sino trabajadores domésticos que con frecuencia nacen, se reproducen y mueren en la casa del propietario, hizo aún más reducidos los márgenes de beneficio obtenidos por su explotación. Quizá por ello las clases dominantes, que nunca vieron mermados sus altos niveles de vida, compensaron esta pérdida acentuando la explotación de otros sectores sociales, como los jornaleros, colonos y pequeños propietarios. Que no se trató sin embargo de un proceso lineal, sino sumamente complejo, puede advertirse en el hecho, reiteradamente constatado, de que la esclavitud en modo alguno desapareció durante el Bajo Imperio, sino que conoció un nuevo período de florecimiento a partir del siglo V, muy particularmente en el mundo Mediterráneo de los años 500—650. Aun cuando se detecte una regresión en los siglos siguientes, el final del esclavismo habría que aplazarlo, según proponen algunos medievalistas, hasta la época carolingia o, quizá con más rigor, hasta finales del milenio¹⁶. A juicio de Bonnassie, el esclavismo resurge en períodos tardíos de prosperidad, pues el declive económico suele obligar a los grandes terratenientes a deshacerse de sus numerosas y poco rentables familias serviles (a las que no siempre pueden dar trabajo pero sí han de alimentar), y emplearlas como colonos, aparceros o arrendatarios de sus propiedades: de ahí que los momentos de expansión agraria atestiguados durante la Alta Edad Media coincidan con una liberación masiva de esclavos a los que se instala a menudo muy

14 STE CROIX G.E.M. DE: *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*. Barcelona, 1988, p. 161. Cf. además, en el mismo sentido, pp. 174-5, 296-7, 304 y 691 (nota 59).

15 VEYNE, P.: "Le dossier des esclaves-colons romains", en *Revue Historique*, 265 (1981), pp. 3-25, esp. 23 ss.

16 WEBER, M.: "La decadencia de la cultura antigua. Sus causas sociales", en Bloch M. y otros: *La transición del esclavismo al feudalismo*. Madrid, 1975, pp. 35-57. Cf. DOEHAERD, R.: *Occidente durante la Alta Edad Media. Economías y sociedades*. Barcelona, 1984, p. 113; DUBY, G.: *Guerreiros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*. Madrid, 1976, pp. 39 ss. y BOIS, G.: *La mutation de l'an mil. Lournand, village mâconnais de l'Antiquité au féodalisme*, 1989, 49 ss. (reseña crítica de A. GUERREAU: "Lournand au Xe siècle: histoire et fiction", en *Le Moyen Age. Revue d'Histoire et de Philologie*, 96 (1990) pp. 519-37).

lejos de los centros señoriales e incluso en tierras abandonadas¹⁷. Las fuentes disponibles no siempre permiten un análisis minucioso de casos concretos, pero en general se puede afirmar que la suerte de estos trabajadores "libres" en nada mejoraba a la de los esclavos domésticos. En realidad, su libertad no era sino el resultado de unas condiciones de vida más miserables. Se explica así que "el veneno de la esclavitud" mantuviese toda su virulencia durante estos largos siglos no sólo en el campo ideológico, sino también en el económico y social: las clases dirigentes romanas "podían admitir a regañadientes que sus *coloni* eran *ingenui* y no esclavos, pero, llevados por la condición de sometidos de los *coloni*, les adjudican todos los términos de la esclavitud, menos los estrictamente técnicos, nunca simplemente *servi* o *mancipia*, sino *servi terrae* y expresiones de este estilo, que desde el punto de vista estrictamente jurídico son simples metáforas. El propio hecho de que la sociedad grecorromana siguiera estando, por así decir, empapada de esclavismo y dominada por su ideología, diría yo que afectaba en gran medida a las instituciones de la servidumbre que se desarrollaron a partir del siglo IV"¹⁸.

Así pues, lo que realmente podemos constatar a este respecto, sobre todo en los textos legislativos, no es tanto la sustitución de un modo de producción esclavista por otro feudal cuanto la progresiva asimilación de la condición social y jurídica de los trabajadores esclavos con la de los jornaleros y los pequeños propietarios. Es un proceso bien conocido en su evolución general, pero que se plasmó con intensidad desigual en las diversas regiones del Imperio y deberá por tanto matizarse a la luz de análisis monográficos. Los esclavos agrarios del Bajo Imperio, cuya existencia está relativamente bien documentada en Italia e Hispania, eran ya considerados siervos vinculados a la tierra que trabajaban, no podían por tanto emplearse en otras actividades y transmitían estas restricciones a sus hijos. En el año 327 Constantino (CTh 11.3.2) limitó su venta a otros terratenientes de la misma provincia y en el 371 Valentiniano I (CJ 11.48.7) prohibió hacerlo sin la tierra que cultivaban. Con alguna excepción, esta regla se mantuvo en todo el imperio. Lo más probable es que estos esclavos recibieran lotes de tierra para cultivarla en arrendamiento: así se dice expresamente en *Dig.* 15.3.16 y se deduce además tanto de las expresiones, antes citadas, del tipo *servi quasi coloni*, como de las instrucciones que daba el papa Pelagio a un agente para que eligiera, de los esclavos de una finca donada a la iglesia, aquellos capaces de cultivar una posesión, amenazándolo si dejaba ir a quienes pudieran ser *conductores o coloni* (Ep.84). Estos datos hacen concluir a Domenico Vera que los esclavos rurales eran todavía muy numerosos en la tardía antigüedad, aunque ya no fueran empleados en cuadrillas sino como colonos¹⁹.

En sentido inverso, los *coloni* e *inquilini* que tan a menudo se documentan

17. BONNASSIE, P.: "Survie et extinction du régime esclavagiste dans l'Occident du haut moyen âge (IV-XIe s.)", en *Cahiers de civilisation médiévale*, 28 (1985), pp. 307-43, esp. p. 334.

18. STECROIX: *Op.cit.* p. 191. Sobre las penosas condiciones de vida (frecuentemente atestiguadas en los Padres de la Iglesia) que habían de soportar las capas sociales más humildes, a pesar de su condición de libres, cf. las páginas todavía vibrantes de Coulanges, F. De: *Le colonat romain*. París 1885 (N. York 1979), esp. 118 ss. y LÉCRIVAIN, C.: "Etudes sur le Bas Empire", en *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire*, 10 (1890) pp. 253-83.

19. VERA, D.: "Strutture agrarie e strutture patrimoniali nella tarda Antichità: l'Aristocrazia romana fra agricoltura e commercio", en *Opus*, 2 (1983), pp. 489-533, esp. 508.